

LAS SOCIEDADES BÍBLICAS

Y LA

ENCÍCLICA DEL PAPA.

Todos los periódicos religiosos así nacionales como extranjeros, han dado lugar en sus columnas á la Encíclica de Su Santidad contra las sociedades bíblicas, y así mal pudiéramos nosotros dispensarnos de imitar este ejemplo, en una publicación destinada á la defensa de la Iglesia católica y de los más altos intereses de la sociedad. Antes de insertarla emitiremos algunas observaciones que nos ha sugerido su lectura.

El protestantismo proclamando el derecho de examen hasta en materias dogmáticas, y la inspiración privada en la inteligencia de la Sagrada Escritura, estableció principios disolventes que tarde ó temprano habían de acabar con la religión entre todos los que los profesasen sinceramente, y fuesen además bastante lógicos para deducir sus últimas consecuencias. Dejando aparte el derecho de examen en cuanto expresa una cosa distinta de la inspiración particular, nos atendremos únicamente á ésta, por estar más inmediatamente enlazada con el objeto que nos ocupa.

Sólo apelando á las contradicciones del espíritu humano, y á la ceguera en que cae cuando se deja dominar por las pasiones ó el fanatismo de secta, es posible explicar cómo se ha podido sostener seriamente que era útil y saludable poner la Biblia en manos de todo el mundo, sin notas ni comentarios; añadiendo que le bastaba al cristiano atender á la luz interior que le sería comunicada de lo alto, para comprender perfectamente cuanto está conteni-

do en aquel piélago de insondables arcanos. Para decir esto es necesario no haber meditado jamás sobre la Biblia, ó más bien no haberla leído nunca; y sin embargo han defendido y defienden semejante error hombres que se han ocupado mucho tiempo en su estudio. Repetidas veces se ha echado en cara á los protestantes la profunda división que entre ellos había producido la malhadada doctrina de la inspiración privada, probándoseles que aun con respecto á las palabras más claras y sencillas del sagrado texto, habían sido muchas y muy varias las interpretaciones dadas por las iglesias disidentes. Mas prescindiendo de esta reflexión fundada en un hecho que los adversarios no pueden negar ni tampoco explicar de una manera satisfactoria, basta dar una ojeada á los Profetas, á los Salmos, al Apocalipsis, para convencerse de que sólo es dable alcanzar algún tanto su inteligencia, á quien posea mucho caudal de instrucción, y que además tenga á la vista algunas reglas fijas que sólo pueden encontrarse en una autoridad infalible, conservadora de las tradiciones de los antiguos tiempos, é ilustrada por el mismo Dios, cual es la Iglesia católica.

Hasta los libros historiales no dejan de presentar con frecuencia dificultades gravísimas; y por lo tocante á los morales que son los que al parecer debieran siempre tener un sentido liso y llano, no es verdad que estén acomodados en todas sus partes á la inteligencia del vulgo, de manera que éste no necesite ninguna explicación para no caer en gravísimos errores. ¿Qué cosa más sencilla que el *sermón de la montaña*? y sin embargo, ¿no hay algunos pasajes que leídos por una persona indiscreta, pueden prestarle ocasión para entregarse á extravagancias y hasta crímenes? Sabido es que no han faltado algunos insensatos que no han vacilado en mutilarse por una exageración y mala inteligencia de las doctrinas religiosas; y sin embargo estos hombres de corazón entusiasta y cabeza calenturienta, se apoyarian tal vez en aquellas palabras de Jesucristo en que nos dice que si nuestro ojo derecho nos

escandaliza, nos lo quitemos y lo arrojemos; y que lo mismo hagamos con nuestra mano derecha cortándola y echándola, si nos sirviere de escándalo; porque es mejor que uno de los miembros perezca que no el que todo el cuerpo vaya al infierno. Claro es que semejante doctrina debe entenderse de la necesidad de apartarnos de los objetos más queridos y de quebrantar los lazos más fuertes, cuando se atraviesa el interés de nuestra alma, debiendo anteponer la salvación eterna á la honra, á la hacienda y aun á la misma vida. Pero á un hombre á quien se ha hecho creer que no necesita el auxilio de nadie para entender perfectamente la Escritura, y cuya fantasía se ha exaltado con la persuasión de que lleva en su interior una luz divina que le aclarará todos los misterios y allanará todas las dificultades, ¿quién le quita que extraviado por semejante error y arrastrado por un loco fanatismo, no se considere obligado á atentar contra sí propio, apoyándose en las palabras del sagrado texto, tomadas al pie de la letra de una manera insensata?

Los teólogos explican en un sentido verdadero y juicio aquellas palabras de Jesucristo *non jurare omnino*; pero no falta quien las ha entendido de tal suerte que no quiere jurar ni aun en los tribunales, en ningún caso y por ningún motivo.

Aquel pasaje tan consolador en que Jesucristo nos recuerda el cuidado de la Providencia, hasta con las aves del cielo y los lirios y el heno del campo, para inspirarnos confianza en la bondad divina, quitándonos aquella exagerada solicitud que perturba nuestra tranquilidad y exagerada solicitud que perturba nuestra tranquilidad y nos arrebatara aquella paz interior que es uno de los encantos de la vida cristiana, ¿no podría ser también interpretado en un sentido falso, creyéndose el hombre dispensado de trabajar para ganar su sustento, y autorizado á descuidar los medios de proveer á su subsistencia, lisonjeándose con la esperanza de que el Señor le alimentaría y vestiría como á las aves y á las plantas, cometiendo así el pecado que se llama tentar á Dios?

Es cierto que el cristiano debe estar animado de un espíritu de paz, que debe evitar en cuanto posible sea los litigios, los cuales siempre acarrearán desazones, y no pocas veces perjudican á la caridad fraternal. Pero ¿no exageraría esta doctrina quien dijese que se han de tomar siempre al pie de la letra aquellas palabras de Jesucristo, de que entreguemos hasta la capa á aquel que quiere llevarnos á juicio para quitarnos la túnica? ¿Se deberá dejar á los cristianos sin defensa alguna, y se los obligará á entregar todo lo que tienen al primero que venga suscitándoles un pleito?

Si á tamaños errores pudiera dar ocasión un trozo tan sencillo de la Sagrada Escritura como es el *sermón de la montaña*, ¿qué será si hablamos de otros pasajes, de los cuales se verifica de una manera particular lo que decía San Pedro de las Epístolas de San Pablo, de que hay en ellas algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los que no tienen fijeza interpretan en mal sentido, así como las demás escrituras, para su propia perdición?

A pesar de los palpables inconvenientes y gravísimos daños que trae semejante sistema, los protestantes no sólo no han retrocedido á la vista de los precipicios á que con él conducían á sus propias sectas, sino que han organizado las sociedades bíblicas, las que disponiendo de medios colosales y haciendo extraordinarios esfuerzos dignos de mejor causa, procuran difundir la Biblia por toda la redondez del globo, de manera que llegue hasta las últimas clases, convirtiendo en germen de errores y corrupción, esas páginas enviadas del cielo para luz de los entendimientos y santificación de las almas.

Afortunadamente, la esterilidad de que adolecen todas las sectas separadas de la Iglesia católica hace que el daño no sea tan grave como hubiera sido si el protestantismo entrañara aquella fuerza de propagación que sólo se encuentra en el seno de la verdad; mas no ha dejado por esto de producir males de suma trascendencia, y no deja de amenazar con otros todavía mayores. Tamaños peligros

no podían ocultarse á la cátedra de San Pedro, que iluminada por el Espíritu Santo manifiesta una sabiduría y previsión superiores á las fuerzas de la flaqueza humana. Así es que hace ya mucho tiempo que varios Papas han combatido las sociedades bíblicas; y el actual Sumo Pontífice Gregorio XVI las condena en su Carta Encíclica dirigida últimamente á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos. Este documento es notable no sólo por la suprema autoridad de que procede, sino también por las noticias históricas que contiene, y por la abundancia de doctrina, solidez y buen juicio con que se manifiesta el pésimo origen y funestísimo objeto de las sociedades bíblicas, y los amaños de que se valen para perturbar las sociedades políticas, al propio tiempo que calumnian y combaten á la Iglesia católica.

No dudamos que la voz del Supremo Pastor excitará más y más la vigilancia de los obispos y de todo el clero en un asunto tan importante; que la palabra del Vicario de Jesucristo desengañará completamente á todos los fieles que se hubiesen dejado alucinar por mentidas protestas de amor á la religión y de celo por el bien de la humanidad, en que generalmente no escasean los encargados de propagar la lectura de la Biblia en lengua vulgar sin notas ni comentarios. Ya no son autores particulares los que culpan á las sociedades bíblicas de haber falsificado el sagrado texto, es el mismo Sumo Pontífice quien lo asegura.

Quien se fie pues de semejantes libros no puede ya alegar excusa ninguna; el encargado por el mismo Jesucristo de apacentar las ovejas y los corderos es quien nos avisa de que el pasto es venenoso.—*J. B.*

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA GREGORIO XVI Á TODOS LOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS.

*A nuestros venerables hermanos los patriarcas, primados,
arzobispos y obispos.*

GREGORIO XVI, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Entre las principales maquinaciones que en nuestros días ponen en juego los herejes de diferentes denominaciones contra los que profesan la verdad católica para hacerles perder la santidad de la fe, no tienen ciertamente el último lugar las sociedades bíblicas que, fundadas primero en Inglaterra, han ido extendiéndose por todas partes, y formando como un ejército las vemos conspirar á que se publiquen infinidad de ejemplares de los libros santos traducidos en todas lenguas, á esparcirlos sin distinción alguna entre los cristianos y los infieles, y á inducir

*Venerabilibus Fratribus Patriarchis, Primatibus, Archiepiscopis
et Episcopis.*

GREGORIUS PP. XVI.

Venerabiles Fratres, salutem et apostolicam benedictionem.
Inter præcipuas machinationes quibus nostra hac ætate Aetholici diversorum nominum insidiari cultoribus Catholicæ veritatis, eorumque animos a sanctitate Fidei avertere conituntur, haud ultimum tenent locum Societates Biblicæ, quas in Anglia primum institutas, ac longe hinc lateque diffusas, facto veluti agmine in id conspirare conspiciamus, ut Divinarum Scripturarum libros vulgaribus quibusque linguis interpretatos permagno edant exemplarium numero, eosque inter Chris-